



Diego Rivera

Rivera se alió durante un corto tiempo a un grupo de cubistas que se hizo llamar "La Sección Aurea", ya que dentro del cubismo ellos siguieron por iniciativa propia los principios de la "Regla de Oro".

EN 1886 EN LA CIUDAD DE GUANAJUATO NACIERON DOS NIÑOS GEMELOS. UNO DE ellos, Carlos, falleció antes de cumplir los dos años; el otro, de nombre Diego, crecería hasta convertirse en un gran pintor. A los diez años ingresó a la Academia de San Carlos, y no obstante la orientación clásica impuesta por sus maestros, desde muy pequeño buscó dotar a sus obras de un estilo propio. Pablo Picasso le llevaba cinco años; ambos tenían en común un carácter independiente y un inicio precoz en la pintura. En 1907, al haber obtenido su rival Roberto Montenegro la beca otorgada por la Academia para estudiar en Europa, su padre recurre a Teodoro Dehesa, gobernador de Veracruz, quien había apoyado a su hijo a lo largo de su carrera con una pequeña suma para solventar sus gastos. En esta ocasión, el gobernador accede al envío de una pensión mensual que permitiría a Diego perfeccionar sus conocimientos en el extranjero. El pintor Gerardo Murillo, ya conocido como Dr. Atl, lo apoyó organizando una exposición de su obra, y con los fondos obtenidos de ésta, Diego logró comprar su pasaje. Adicionalmente, le entregó algunas cartas dirigidas a sus amigos en Madrid, entre ellas una para el maestro Eduardo Chicharro. Al llegar a España, Rivera asistió al estudio de Chicharro durante varios años, ciniéndose al perfeccionamiento del refinado realismo español, que tomaba tintes impresionistas. Este tipo de obras satisfacía a su mecenas, ya que como prueba de sus avances, periódicamente Diego le enviaba pinturas a Teodoro Dehesa. Mientras esto sucedía, Pablo Picasso revolucionaba el arte al mostrar en París su gran obra *Les demoiselles d'Avignon*, pintada en 1907.

En el estudio de Chicharro, Diego conoció a la pintora española María Blanchard, y se unió al grupo de intelectuales madrileños, entre los que se encontraba el novelista Ramón Valle-Inclán. Este último influye en el pintor y juntos viajan a París en la primavera de 1909. Ante las maravillas que encontró en el Louvre, y las obras de vanguardia en los Salones de Pintura, Rivera se sintió empujado e inseguro, pero de alguna manera urgido a recuperar el tiempo. En el verano Rivera viajó a Bélgica, en donde encontró a María Blanchard acompañada de la pintora rusa Angelina Beloff, quien se convertirá en su compañera durante los siguientes diez años. Al adentrarse a la obra de Cézanne y entender los cambios que marcaba el cubismo propuesto por Braque y Picasso, así como la naciente corriente futurista, Rivera comprendió que su pintura debía actualizarse; sin embargo, algo lo detenía.